

PRIMER PREMIO - TERCERA MODALIDAD (Bachillerato y Ciclos formativos)

PATRICIA MORENO HORTELANO (2ºBach.A)

El día comenzó como uno especial, mis últimas jornadas en el instituto, las últimas calderetas. Como es costumbre, llegaba tarde. En este caso al concierto de música y me tocó correr hasta alcanzar el instituto. Aun así, cuando llegué, ya estaban todos subidos en el escenario preparados para tocar la canción que tantos meses llevábamos ensayando.

Finalmente, todo el concierto salió genial y la profesora estaba súper contenta con el resultado. La mañana transcurrió con diferentes juegos y como no podía faltar, el torneo de fútbol entre profesores y alumnos. A las doce del mediodía ya estaban todos los alumnos de IES en el patio preparando sus mesas, lumbré e ingredientes para la caldereta. Mi clase y yo habíamos preparado, además de la caldereta, unas patatas con huevo. Nuestra organización fue un poco caótica ya que no trajeron el perol hasta casi la una y media y los segundos de bachillerato éramos los que más retrasados iban a la hora de cocinar. Nos lo pasamos todos genial, entre clases y profesores que venían probando todas las calderetas o simplemente hacerse una foto para el recuerdo.

Esto no acababa aquí. Después de recoger un poco el patio y los trastos de cada clase, todos fuimos juntos a la ruta. Un plan sencillo, pero que siempre se ha disfrutado el estar todos juntos y con ese buen ambiente. Desde mi experiencia diré que me lo pasé genial con mis amigos, bailando y charlando, incluso me dio tiempo a escabullirme y ver cinco minutos a mi novio antes de que entrenara. Mientras que la noche caía, seguíamos todos allí. Recuerdo pasármelo en grande, riendo y disfrutando; jugando y haciendo el tonto cuando todo a mi alrededor se paró.

Cuando me dieron esa noticia mi mente se hizo una falsa esperanza de que se estaban equivocando e ilusa de mí, decidí llamar a mi madre. Cuando ella descolgó el teléfono solo se escuchaban llantos y voces, no hizo falta nada más para saber que todo aquello no era ninguna confusión. Aun estando en diferentes puntas del pueblo, desde este momento hasta que llegué al dichoso lugar, no pasaron ni diez minutos.

Recuerdo bajar de un coche corriendo y ver en la puerta dos policías taponándola. Estaba como dentro de una simulación, mis ojos no enfocaban nada, no sé si por las lágrimas que brotaban sin mi permiso o por los llantos de una madre que acaba de ver el cuerpo muerto de su hijo.

Abrumada, corrí hacia mi madre que también lloraba al lado de mi abuela y, posteriormente, buscaba a mi tía en la otra acera. No me podía creer que esta pesadilla se estuviera repitiendo otra vez, con apenas un año de diferencia. Comenzaba a llegar gente cercana a nosotros, amigos de mis padres, de mis tíos, de mis abuelos. Recuerdo preguntar si llevaba el maquillaje que me había hecho ilusionada por la mañana corrido por toda la cara y la respuesta fue que no se había movido nada, que sería resistente al agua; claro que por la mañana me lo había puesto *waterproof*, pero con ninguna idea de que algo así pudiera ocurrir.

Las siguientes horas las pasamos esperando a que pudieran sacarlo de ahí, sin interrupción en nuestros lloros, pero con ciertas personas ausentes que habían marchado a urgencias para recibir algún tipo de tranquilizante que pudiera aliviar el dolor de un corazón roto; como el de una mujer consciente de que tiene que seguir adelante por su hija de tres años, pero que no sabe cómo conseguirá hacerlo.

Esa noche y el siguiente día fue duro y triste, muchísima gente venía a darnos todo su apoyo; pero, instintivamente, también salían llorando de aquella sala. Mi mente solo dirigía mi poca atención hacia muchos de los recuerdos que tenemos juntos, tantas tardes de verano en la piscina municipal, donde jugábamos hasta que ya era la hora del cierre; todas las tardes en casa de la abuela donde cada día aparecía con un nuevo regalo para nosotras; esas veces cuando no me encontraba bien y me excusaba con que “estaba cansada”, pero él me sacaba de casa para que su compañía y el aire me despejaran... Y pensándolo bien, lo que más me duele es pensar que no habrá más momentos bonitos compartidos con él.

Lo, para mí, vivido aquel día fue el mayor cambio de emociones que se puede llegar a sentir de un instante a otro, desde un éxtasis de felicidad disfrutando de lo que sería el mejor acontecimiento del año en el instituto, enfatizando que sería el último; hasta un nivel de sufrimiento, dolor y martirio como el perder a un ser querido de una manera tan violenta.

Vivo con miedo a ser feliz; ya que siempre que lo soy, algo terrible acaba sucediendo para recordarme que por mucho que me esfuerce y lo intente, no todo depende de mí. Es en ese momento de felicidad, cuando la caída es desde una mayor altura y siempre duele más.